

## **“Democracias en crisis: Entre la desconfianza y los populismos”<sup>1</sup>**

**Ángel Valencia Sáiz**

**Universidad de Málaga**

### **Resumen/Abstract**

La crisis ha supuesto una democracia en crisis en este escenario postcrisis que vivimos de imprevisibles consecuencias y de una gravedad desconocida. La Ciencia Política identifica, eso sí, algunos rasgos que hacen patente la gravedad de esta crisis de la democracia: democracias más inestables y con una gobernabilidad más difícil; ciudadanos con menor confianza en la clase política y en las instituciones democráticas y, finalmente, líderes y partidos populistas. Es obvio, que los conceptos –desde posdemocracia a democracia iliberales- designan también democracias peores. El objeto de esta ponencia trataría dos aspectos: Por un lado, sobre la debilidad del vínculo entre el Estado y la ciudadanía en las democracias actuales y, por otro, la política de los populismos.

Palabras clave: Democracia, crisis, desconfianza, populismo.

En esta ponencia se parte de una idea central que tiene que ver con la relación entre los Estados y la ciudadanía en las democracias actuales: la crisis ha dejado intactas las

---

<sup>1</sup> Texto de la ponencia que presenté en el XIV Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración. “Ciencia Política en la Nueva Política” (Universidad de Salamanca, Salamanca, 10-12 de julio de 2019) (la ponencia se presentó en el “GT 1.1. Las derechas ante el retorno de la historia”, Coordinador: Jorge del Palacio Martín (URJC) y Comentarista: Carlos Rico Motos (Universidad Pontificia) el jueves 11 de julio de 2019, en la sesión 6 (15.30-16.45), Aula 206, Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca).

estructuras institucionales del Estado democrático y, por tanto, no hay grandes debates sobre reformas sobre instituciones políticas medulares, sin embargo, se ha debilitado mucho el vínculo entre el Estado democrático y sus ciudadanos por cuanto el Estado no puede ofrecer ya reciprocidad, protección y relaciones clientelares. De este modo, los partidos y las asociaciones ya no son los vínculos efectivos en la formación de comunidades ideológicas orientadas a su medio, como lo fueron en la década de los cincuenta y sesenta. Asistimos a un hecho evidente, “si bien la aceptación del orden democrático sigue siendo elevada, el vínculo entre el Estado democrático, la sociedad civil y la sociedad civil se debilita continuamente. La fuerte relación entre la articulación de los intereses sociales y las políticas públicas estatales hicieron posible la estabilización de las democracias después de la II Guerra Mundial, pero esta capacidad se ha perdido en el curso del largo proceso que se aceleró con las crisis económicas”<sup>2</sup>.

De este modo, en este trabajo trataremos sobre la debilidad del vínculo entre el Estado y la ciudadanía de las democracias actuales, en particular, de la crisis de confianza de los ciudadanos que se expresa en crisis de confianza en la política, los políticos y las instituciones políticas. Este malestar de la democracia es uno de los fenómenos que caracteriza la crisis de la democracia que la que los politólogos hablamos. Una crisis profunda de la que percibimos, sobre todo, dos consecuencias: por un lado, la emergencia de los populismos y, por otro, a la aparición de democracias iliberales. A nuestro juicio, vivimos una polarización política mucho mayor que en el pasado que está dando lugar a una política de los extremos y unas democracias de alta tensión, que es donde se ha situado la aparición de los populismos. Fatiga democrática, populismos y democracias iliberales constituyen algunas de las claves de esta crisis de las que trataremos en las páginas que siguen.

---

<sup>2</sup> Nullmeier, Frank, Schneider, Steffen y Hepp, Andrea, “Transformaciones del Estado Democrático”, en Evelyne Huber y otros, *Transformaciones del Estado Contemporáneo*, (Valencia: Tirant lo Blanch, 2017), p. 514.

Creemos en la democracia pero no en los políticos, en particular, en la forma que están haciendo la política ante la crisis. Los ciudadanos parecen querer otra política, algunas reformas en las instituciones, más calidad de la democracia. Este parece ser uno de los orígenes del desánimo de la sociedad española, una desazón democrática. Aquí ponemos el énfasis en ese fenómeno de desafección, fatiga o disgusto con la política que está socavando la legitimidad de la clase política e instituciones democráticas. Se trata de un fenómeno que afecta a democracias de los países desarrollados pero que tiene un especial interés en nuestro país. El objeto de este trabajo es, precisamente, reflexionar sobre cómo las relaciones entre la crisis y ese malestar de la democracia. En la primera parte abordará los perfiles teóricos del problema alrededor de los cambios en el poder, la ciudadanía y la democracia, mientras que en la segunda abordará la cuestión en relación a los efectos de la crisis de la democracia en lo que se ha denominado “democracias iliberales” y, sobre todo, la emergencia de “democracias de alta tensión”, gracias a los populismos. La discusión del presente radica en torno a la profunda crisis de la democracia que vivimos. A nuestro juicio, la democracia se enfrenta a una era de crisis de confianza, vivimos con democracias fatigadas en las que su malestar es, en parte, la razón también de unas democracias de alta tensión, en las que las emociones invaden la política y sentimientos como la indignación, el miedo o el rechazo provocan los populismos.

## **I. Democracias sin confianza.**

### **I.1. Menos confianza: ¿Una democracia peor?**

El punto de partida es un fenómeno general de malestar de la democracia<sup>3</sup>, de crisis de confianza que está trastocando el poder en las democracias actuales, esto afecta a la

---

<sup>3</sup> Sobre este tema véanse, Galli, Carlo, *El malestar de la democracia*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2013) y Pérez Díaz, Víctor, *El malestar de la democracia* (Barcelona: Crítica, 2008). Un tema sobre el que he publicado algunos trabajos, veánse, Valencia Sáiz, Ángel, “Teoría Política, malestar democrático y desafección”, en Isabel Wences (Ed.), *En Tomarse la Teoría Política en Serio* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015), pp. 643-669; Valencia Sáiz, Ángel, “La democracia en la era de la globalización”, en José Manuel Canales Aliende, Guillaume Fontaine y Adela Romero Tarín

propia relación que la ciudadanía –una ciudadanía reactiva- con la clase política y las instituciones democráticas y, desde luego, los cambios que están operándose en la democracia.

El malestar de la democracia se asocia a elementos tales como la desafección política, la apatía democrática o dicho de otro modo, el desinterés por la política y, por supuesto, la desconfianza en la clase política y en su eficacia, acompañado de una falta de confianza también en las instituciones políticas. En una palabra, una relación incómoda entre la política y la ciudadanía en las que “rechazo, decepción e indiferencia pueden resumir, pues, las tres facetas de una relación desagradable con la política que se combina de manera diversa según grupos, generaciones e individuos. En casi todos ellos, la crisis económica y social que atravesamos ha reforzado su desencuentro con la política”<sup>4</sup>

Los teóricos de la democracia anticipan una democracia, sin duda, peor. Se trata de una patología que esconde la razón de una democracia de baja calidad o de una democracia que pierde legitimidad sin sustituirse por otras fuentes alternativas. En el fondo, lo que nos jugamos con esta desazón democrática es caer en una posdemocracia<sup>5</sup>, una democracia de baja calidad, un deterioro que en la democracia que la convertiría en una especie de simulacro en manos de las fuerzas políticas e incapaz de renovarse. El tema es clave porque si no restablecemos esta relación entre política y ciudadanos, recobramos el prestigio de las instituciones, de la política y de los políticos y, por tanto, renovamos el sistema democrático o, por el contrario, podemos caer en este tipo de democracia de baja calidad.

---

(Eds.), *La transformación de los sistemas políticos y de los Estados. La visión y los retos en Europa y América Latina en el contexto de la globalización*, (Barcelona: Anthopos, 2017), pp. 31-44; y Valencia Sáiz, Ángel, “La crisis económica y el malestar de la democracia”, En F. Vallespín y M. M. Bascuñan (Eds.), *Las consecuencias políticas de la crisis económica*. (Valencia: Tirant lo Blanch, 2017), pp. 115-135.

<sup>4</sup> Vallés, Josep Maria y Ballart, Xavier (Eds.), *Política para apolíticos. Contra la dimisión de los ciudadanos*. (Barcelona: Ariel, 2012), p. 6.

<sup>5</sup> Crouch, Colin, *Posdemocracia*, (Madrid: Taurus, 2004)

Planteamientos como los de Crouch<sup>6</sup> nos remiten a la pregunta de si ¿Hay una crisis de la democracia? Como afirma Merkel<sup>7</sup>, no se trata de una crisis que afecte la solidez de las democracias consolidadas. Sin embargo, estamos siendo testigos de una erosión “subterránea” de la democracia no reconocida por el demos. Los movimientos sociales y la sociedad civil podrían influir la agenda política y hacer la democracia más adaptable a las demandas económicas, sociales y políticas. Sin embargo, son demasiado débiles para cambiar el curso de la globalización, el poder de los mercados y el incremento de la desigualdad política y socioeconómica de nuestras sociedades. Además, carecen de la solidez de la legitimidad democrática que disfrutaban los parlamentos desde que son elegidos a través elecciones generales. El futuro de la democracia, por tanto, es todavía, en gran medida, el futuro de la democracia representativa

La cuestión es explicar el cambio que se produce en el cambio de relación que existe entre la ciudadanía y la política, eso que Pierre Rosanvallon ha llamado contrademocracia, un concepto que, precisamente, intenta explicar la naturaleza de esa distancia con lo político de los ciudadanos. Como afirma el autor francés, “si bien no hay despolitización, en el sentido de un menor interés por los asuntos públicos y una declinación por la actividad ciudadana, sí se ha modificado mucho cierto tipo de relación con la cosa misma de lo político. Pero el cambio es de otro orden del que habitualmente se sugiere. El problema contemporáneo no es el de la pasividad, es el de la impolítica, es decir, de la falta de aprehensión global de los problemas ligados a la organización de un mundo común. Lo propio de las diferentes formas de la contrademocracia...es...que llevan al aumento de la distancia entre la sociedad civil y las instituciones. Delínean así, una contrapolítica fundada sobre el control, la oposición, la disminución de poderes que ya no se busca prioritariamente conquistar. Estos rasgos se manifiestan de manera doble. Los diversos mecanismos o comportamientos tienen como primera consecuencia disolver las expresiones de pertenencia de un mundo común. De esencia reactiva, no pueden servir para estructurar y sostener una proposición colectiva. Esta contrademocracia impolítica tiene así por rasgo distintivo superponer una actividad

---

<sup>6</sup> Crouch, Colin, *Posdemocracia* (Madrid: Taurus, 2004)

<sup>7</sup> Merkel, Wolfgang, “Is There a Crisis of Democracy?”, *Democratic Theory* 1, nº 2 (2014), pp. 11-25.

democrática y efectos no políticos. Es por este motivo que no se inscribe en el marco de las clasificaciones de los regímenes y que constituye una forma original que escapa de las oposiciones tradicionales entre liberalismo y republicanismo, así como entre gobierno representativo y democracia, así como entre gobierno representativo y democracia directa. Las formas diseminadas de esta democracia tienen como segunda consecuencia ocultar la visibilidad y sobre todo la legibilidad. Ahora bien, se trata de dos cualidades constitutivas de la esencia misma de lo político. No hay política si las acciones no pueden inscribirse en una misma narración ni ser representadas sobre un escenario público único. El desarrollo de las formas de contrademocracia presenta así un carácter complejo y problemático. Complejo porque se mezclan elementos positivos de aumento del poder social y tentaciones populistas-reactivas. Problemático también, porque la evolución hacia una “democracia civil” que se perfila conduce hacia formas de fragmentación y diseminación donde sería necesario poder afirmar el imperativo de una coherencia y una globalidad. Creo que de allí procede fundamentalmente profundamente el desencanto que caracteriza a las democracias contemporáneas. No está constituido sólo por una decepción que podría ser superada (mejorando por ejemplo los procedimientos que organizan el sistema representativo), sino que está estructurado por la aporía que forma la combinación de lo democrático y de lo impolítico”<sup>8</sup>. En el fondo, hay un peligro de un “advenimiento de una democracia impolítica”<sup>9</sup>. Los estudios empíricos muestran un rechazo de la “ciudadanía a la “politiquería” entendida por el hecho de la mala valoración de instituciones como el Congreso de los Estados Unidos en los que se habían hecho más visibles los enfrentamientos partidarios, los conflictos de intereses y las negociaciones. Por otro lado, también surgía de otra investigación la aversión ciudadana a la política entendida como enfrentamientos partidarios. Frente a lo cual, la ciudadanía no deseaba más participación, se conformaba con que los políticos respondieran al interés general, es decir, cumplieran con su obligación y trabajaran para construir consensos, por tanto, más política de consenso y menos política partidaria o de conflicto. El problema es que la política se ha desvalorizado, el enfrentamiento partidario se ha deslegitimado pero

---

<sup>8</sup> Rosanvallon, Pierre, *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. (Barcelona: Manantial, 2007), pp. 38-39.

<sup>9</sup> Rosanvallon, Pierre. *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad*. (Barcelona: Paidós, 2010), p.301

no se han reconocido otras instituciones del contexto político general que doten de fortaleza este vacío. Para ello, hay que “repolitizar la democracia” y dar “más centralidad a lo político”.

## I.2. Menos confianza, menos poder.

Hablamos de un cambio de época. Y esto se traduce en una transformación en el poder. Moisés Naím<sup>10</sup> sostiene la tesis de que se ha producido un auténtico fin del poder político tal y como lo concebíamos anteriormente, en particular, una degradación del poder, es decir, está perdiendo eficacia. Algo que se basa tanto en la experiencia en su propio ejercicio de los presidentes y primeros ministros como en la propia percepción que tiene la ciudadanía sobre el propio poder de la clase política. En consecuencia, “los poderosos tienen cada vez más limitaciones para ejercer el poder que sin duda poseen” y, por tanto, “el poder es cada vez más débil, transitorio, más limitado”<sup>11</sup>.

Un poder más limitado, que genera nuevas oportunidades y nuevos riesgos, y una degradación del poder que en lo atinente a la vida política de las democracias occidentales provoca una primera consecuencia: la parálisis política. “En la mayoría de las democracias occidentales se está produciendo esta mezcla de intensa polarización política y un diseño institucional que hace muy difícil que el gobierno pueda tomar decisiones oportunas y eficaces...En 2012, de las treinta y cuatro democracias más ricas del mundo, sólo cuatro tenían un presidente o primer ministro cuyo partido también controlara la mayoría en el Parlamento. Al igual que en Estados Unidos, tampoco en otros países faltan ideas creativas para reformar el sistema de controles y contrapesos y permitir que el gobierno salga de la parálisis y mejore la calidad de sus políticas. Pese a ello, los avances no se producen. Ni en Estados Unidos ni en ningún otro sitio. Ni

---

<sup>10</sup> Véanse, sobre todo, Naím, Moisés, *El fin del poder*, (Barcelona: Debate, 2013) y también en Naím, Moisés, *Repensar el mundo. 111 sorpresas del siglo XXI*. (Barcelona: Debate, 2015).

<sup>11</sup> Naím, Moisés, *El fin del poder*, (Barcelona: Debate, 2013), p. 15.

siquiera las terribles presiones provocadas por la crisis económica en Europa han permitido a los dirigentes obtener el poder necesario para reaccionar con rapidez y eficacia. Más bien ha ocurrido lo contrario: La crisis económica alimentó una mayor polarización y fragmentación y, en el proceso, debilitó más a gobernantes y opositores. Nadie parecía tenía la capacidad de llevar a cabo los cambios que tan desesperadamente necesitaban. El fin del poder, sin duda”<sup>12</sup>.

Una de las razones de que el poder actual sea más limitado es el resultado directo de una crisis de confianza. Por un lado, los límites de la capacidad de acción de los políticos como consecuencia de la propia debilidad de su propio poder impuesto por los controles impuestos por la propia política interior en su propio país y, en segundo término, la propia desconfianza de los ciudadanos. Esto, sobre todo, afecta a la clase política y a los partidos políticos y, por tanto, es uno de las bases del malestar democrático. “El inmenso número y la complejidad de los controles y contrapesos que restringen el poder de los gobiernos democráticos son resultado directo del deterioro de la confianza. En algunos países, este deterioro se ha convertido en una tendencia permanente...No cabe duda que existen muchas razones de peso para no confiar en los políticos y, en general, en quienes están en el poder: no sólo por sus mentiras y su corrupción, sino también porque es frecuente que los gobiernos hagan mucho menos de lo que esperamos como votantes. Además, todos estamos mejor informados, y un mayor escrutinio mediático tiende a resaltar las fechorías, los errores y la incompetencia de los gobernantes. Como resultado, el escaso nivel de confianza en los gobiernos se ha vuelto crónico”<sup>13</sup>.

Naturalmente, este deterioro de la confianza en la clase política y en los gobiernos afecta a las organizaciones que canalizan la política democrática: los partidos políticos. “Pese a las apariencias, están fragmentados, debilitados y polarizados, igual que el sistema político al que pertenecen. De hecho en la actualidad, los partidos tradicionales son en su mayoría incapaces de ejercer el poder que antes tenían...Se mire como se mire, desde

---

<sup>12</sup> Naím, Moisés, *El fin del poder*, (Barcelona: Debate, 2013), pp. 326-327.

<sup>13</sup> Naím, Moisés, *El fin del poder*, (Barcelona: Debate, 2013), pp. 347-348.



los años noventa, los partidos políticos han tenido una mala racha. En la mayoría de los países, los sondeos de opinión muestran que el prestigio y el valor que tienen para los votantes a quienes presumiblemente sirven están disminuyendo y, en algunos casos, se han hundido hasta extremos sin precedentes”<sup>14</sup>. A esto han contribuido transformaciones conocidas en los partidos: el menor peso de la ideología en la identidad de los partidos, el creciente poder del marketing, la estrategia, el poder mediático de los candidatos junto con la dinámica de los ataques por la ética a los candidatos que han llevado a que la corrupción constituya uno de los temas capitales y de una extraordinaria visibilidad en la agenda política y causa de degradación de la política, los políticos y los partidos políticos. Parece evidente que hay una serie de objetivos fundamentales: “restablecer la confianza, reinventar los partidos, encontrar nuevas vías para que los ciudadanos corrientes puedan participar de verdad en el proceso político, crear nuevos mecanismos de gobernanza real, limitar las peores consecuencias de los controles y de los contrapesos y, al mismo tiempo, evitar la concentración excesiva del poder y aumentar la capacidad de los países de abordar conjuntamente los problemas globales, deberían ser los objetivos políticos fundamentales de nuestra época”<sup>15</sup>. Naím, nos habla de una época en la que, paradójicamente, las grandes innovaciones a la política, al gobierno y a la participación ciudadana están por llegar. Sea como sea, el poder es distinto y la crisis de confianza es una de esos factores que le afectan y que explican, sin duda, el fenómeno del malestar democrático.

### I.3. ¿Nuevos ciudadanos?: Ciudadanos reactivos.

---

<sup>14</sup> Naím, Moisés, *El fin del poder*, (Barcelona: Debate, 2013), pp. 348.

<sup>15</sup> Naím, Moisés, *El fin del poder*, (Barcelona: Debate, 2013), pp. 353.

El malestar de la democracia parece un fenómeno que aqueja de uno u otro modo a los sistemas democráticos occidentales. Sin embargo, la crisis ha suscitado una suerte de participación reactiva, resultado de reacciones defensivas no sistémicas –no niegan la democracia- si no ciertos aspectos del sistema democrático o de la forma de hacer política: por un lado, un ciudadano indignado que exige transformaciones del sistema democrático y una respuesta ante la crisis para los más afectados por ella.

La desazón democrática implica la aparición de un ciudadano reactivo, una noción que usaba ya Rafael Del Águila bastante años antes de que apareciera la crisis, es decir, “ciudadanos definidos en sus compromisos públicos por su capacidad de juicio y también de participación cuando ésta resulte necesaria”<sup>16</sup>. Es ese ciudadano libre, pero inmerso en la contingencia, autónomo pero en el que el juicio político no está determinado por ideologías cerradas sino una realidad contingente es el que se enfrenta a al mundo político del presente.

Este ciudadano reactivo es, de algún modo, el protagonista de esta sociedad desanimada y constituye la expresión de ese malestar democrático: en primer lugar, fue el ciudadano indignado, el sujeto colectivo del movimiento del 15-M, que luego se convirtió ya en global (15-0) - que ni puede identificarse con la izquierda tradicional ni un movimiento antisistémico como el movimiento altermundista, ni tampoco como los estudiantiles de los sesenta- porque reclama un conjunto de reivindicaciones para reformar el sistema democrático; en segundo lugar, la indignación se expresó a través d plataformas – como el PAH (Plataforma de Afectados por las Hipotecas)- y formas de acción directa -como los escraches a los políticos-. Esos ciudadanos reactivos encontraron formas de expresión de su indignación y objetivos concretos, así como formas distintas de movilización. Desde la insatisfacción con la democracia y su necesidad de reforma y regeneración, desde la defensa ante los desahucios o el rechazo

---

<sup>16</sup> Del Águila, R. *La Senda del Mal*. (Madrid: Taurus, 2000), p. 383.

a los políticos emergieron movimientos, plataformas o formas de acción directa distintas a las vistas hasta ese momento. Es, sin duda, el de los ciudadanos de la ira y de la indignación, también el de los perdedores de la globalización. En una palabra, la base social de los populismos.

#### I.4. La paradoja democrática.

Este malestar nos remite a la una idea bien conocida: la paradoja de la democracia<sup>17</sup>. El tema creo que se podría plantear sencillamente en los términos siguientes: ¿Por qué siendo un sistema político universalmente aceptado parece suscitar tan poco entusiasmo a sus ciudadanos? La paradoja democrática de nuestro tiempo es que nunca la democracia ha gozado de una legitimidad universal tan unánime como régimen político y, sin embargo, no suscita ilusión en los ciudadanos, sobre todo, en los sistemas democráticos de los países occidentales. Las consecuencias son conocidas: caída de los niveles de confianza de los políticos, desinterés por la política, los niveles de participación en las elecciones son en muchos casos bajos —a lo que se podría añadir otros: bajos niveles de afiliación en los partidos políticos y sindicatos, etc.—. En una palabra, desafección política, apatía democrática y baja participación política.

¿Por qué los ciudadanos de los países democráticos están aparentemente desilusionados con el régimen democrático, al tiempo que éste se expande por el resto del mundo? La respuesta es más fácil de formular y mucho más difícil de poner en la práctica: La democracia es legítima universalmente, sin embargo, los principios y las instituciones que la rigen no están a la altura de un mundo en mudanza, como el nuestro: La globalización, la revolución de las comunicaciones, la sociedad multicultural, los cambios en los valores y en el modo de vida, el papel de los medios de comunicación,

---

<sup>17</sup> Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado*, (Madrid: Taurus, 2000), p. 85.

la aparición de los problemas políticos globales, el mucho menor control de los procesos políticos y decisiones por parte del Estado, la tecnocratización de la política, entre otros procesos, están cambiando nuestra definición de la política y de la sociedad. En una palabra, tenemos que repensar la democracia para afrontar, entre otros desafíos, el planteado aquí, la paradoja democrática.

La realidad es que la democracia vive en una tensión entre su éxito, representado por la legitimidad y por su extensión en el mundo, pero su incapacidad para gobernar ciertos problemas políticos y también para suscitar el interés y la participación de la ciudadanía. Señalemos tres razones que expliquen la desilusión y del desencanto de los ciudadanos de las democracias avanzadas<sup>18</sup>:

-4.1. En primer lugar, la revolución de las comunicaciones ha producido un tipo de ciudadanos distintos mucho más activos y reflexivos que antes para los cuales la política y sus formas tradicionales resultan algo caduco.

4.2. En segundo lugar, la gente ha perdido confianza en los políticos y en los procedimientos democráticos ortodoxos –o en la política tradicional-, sin embargo, no ha perdido confianza en la democracia. En las encuestas mayoritariamente todo el mundo prefiere vivir en un sistema político democrático que en cualquier otro.

4.3. En tercer lugar, la gente si está interesada en la política pero no en el discurso político convencional ni en la clase política. Hay una lejanía con respecto a las reivindicaciones y el discurso de los políticos porque los ciudadanos sienten que tienen poco que decir y además, en muchas ocasiones, tratan temas que no afectan a los problemas reales de los ciudadanos. Aquí se mezclan varias cuestiones: por un lado, se percibe a los políticos como a una élite que se ocupa más por su supervivencia más que

---

<sup>18</sup> Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado*, (Madrid: Taurus, 2000), pp. 86-88.

por el bien colectivo –a este deterioro de la imagen de la clase político contribuyen los casos de corrupción-; por otro, a los ciudadanos les interesan otros problemas y, finalmente, porque consideran que los políticos ya no tienen capacidad de controlar con sus decisiones los grandes procesos políticos y económicos. A esto habría que añadir esas amenazas internas de la democracia que vienen del mesianismo político, el ultraliberalismo político, los populismos y la xenofobia<sup>19</sup>.

Sin embargo, el fin del poder, la ciudadanía reactiva junto a la paradoja democrática que se percibe en la teoría democrática tiene que hacerse patente, más allá de una expresión de tendencias y rasgos genéricos, no sólo expresa la crisis de confianza si no la necesidad de la política y de la democracia ante los populismos y la democracia iliberal.

## **II. Democracias de alta tensión: populismos en democracias iliberales.**

En unos momentos en que se habla tanto de la fatiga civil, de la democracia sin alternativas, del gobierno tecnocrático, y del creciente divorcio entre gobernantes y ciudadanos surgen los populismos (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, España, Italia, Alemania, Austria, Holanda, Polonia, Hungría...)<sup>20</sup>. La clave ha sido el éxito de la estrategia del populismo de delimitar un “nosotros” frente un “ellos”, en este caso, frente a los partidos del “establishment”, curiosamente, la aceptación de los partidos tradicionales del envite, al aceptar el guante –en vez de asumir el habitual eje izquierda-derecha-, ha determinado el éxito de estos partidos. Parece que hoy, la cuestión es ser o no ser populista.

El problema es delimitar que es populismo, dentro de un concepto débil que siempre se ha resistido a una definición unívoca. En realidad, el populismo es el síndrome de algo,

---

<sup>19</sup> Todorov, Tzvetan, *Los enemigos íntimos de la democracia*, (Madrid: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2012).

<sup>20</sup> En el tratamiento del populismo véase, en particular, a Vallespín, Fernando y Martínez Bascuñán, Mariám, *Populismos* (Madrid: Alianza Editorial, 2017), pp. 16 y 21.

el síntoma de un malestar profundo de la sociedad, que es el resultado de una crisis de la democracia liberal más profunda de lo que habíamos imaginado. Sin embargo, lo interesante es saber qué causas lo provoca. Hay factores económicos, culturales y psicosociales pero dependen del contexto específico del que hablemos. El “momento populista” es una expresión de un momento crítico de la democracia, o de una crisis de la democracia, sin embargo, parece más difícil de pensar que sea una solución para resolver los problemas de gobernanza de las democracias liberales. La idea de que estamos huérfanos de futuro y frente a ello, oponemos un retorno al pasado. El populismo representaría una solución política de este tipo.

Pero no sólo hablamos de populismos, hablamos de democracias iliberales<sup>21</sup>. Una expresión, prácticamente normalizada en el vocabulario político usado por periodistas y académicos, aplicándolo a los regímenes políticos de Erdogan, Putin, Maduro y Orban, por poner algunos ejemplos destacados. Como sucede con los conceptos políticos, la noción es polémica. ¿Es posible una democracia iliberal, lo que vendría a ser tanto como decir una democracia antiliberal? Para algunos analistas sólo cabe responder con una rotunda negativa y alegan que la propia expresión es contradictoria. Otros autores, en cambio, consideran que es un concepto necesario para describir un fenómeno inquietante al que asistimos en la política contemporánea.

Entre los últimos destaca Yasha Mounk, quien realiza un drástico diagnóstico de la crisis de la democracia liberal en su libro, *El pueblo contra la democracia*<sup>22</sup>. En su opinión, nuestros sistemas políticos se están descomponiendo al deshacerse la combinación de liberalismo y democracia por la que se caracterizaban; de ahí que presenciemos el surgimiento de formas de liberalismo sin democracia, por un lado, y de democracias iliberales, por otro. Ni democracia ni liberalismo son sencillos de definir, por lo que Mounk opta por hacerlo en términos institucionales: la democracia consiste en los mecanismos electorales a través de los cuales los ciudadanos toman decisiones políticas vinculantes, mientras que el núcleo del constitucionalismo liberal se cifra en el Estado

---

<sup>21</sup> En el desarrollo del concepto de democracia iliberal sigo la argumentación de Manuel Toscano en “Democracia iliberal”, Voxpopuli, 7-9-2018. ([https://www.vozpopuli.com/opinion/democracia-iliberal-antiliberal-viktor-orban\\_0\\_1170184144.html](https://www.vozpopuli.com/opinion/democracia-iliberal-antiliberal-viktor-orban_0_1170184144.html))

<sup>22</sup> Mounk, Yasha, *El pueblo contra la democracia*, (Barcelona: Paidós, 2018).

de derecho y la protección de derechos individuales como la libertad de conciencia, de expresión o de asociación. De aceptar su tesis, eso significa que podrían existir Estado de Derecho y derechos fundamentales sin democracia así como democracia sin derechos individuales o imperio de la ley.

El “momento populista” que vivimos nos lleva al segundo escenario, allí donde el elemento democrático es desgajado del constitucionalismo liberal; es decir, allí donde las instituciones liberales como el Estado de derecho o las garantías de los derechos individuales se subordinan o se sacrifican a la voluntad de la mayoría. Como sabemos, los líderes populistas detestan las instituciones contramayoritarias y el delicado sistema de checks and balances sobre el que descansa una democracia constitucional. De ahí que Mounk considere natural hablar de ‘democracia iliberal’, pues lo que distingue a ésta de la democracia liberal “no es la falta de democracia, sino la falta de respeto por las instituciones independientes y los derechos individuales”.

En principio, la propia fórmula no es contradictoria, pues democracia y liberalismo responden a dos cuestiones distintas: cómo se distribuye el poder y cómo se limita. La democracia dice que el poder último corresponde al conjunto de los ciudadanos constituidos en un cuerpo político, de modo que cada uno de sus miembros tiene igual derecho a participar en su ejercicio; de ahí la centralidad del sufragio universal y el derecho al voto. El liberalismo, en cualquiera de sus versiones, es una doctrina del gobierno limitado, según la cual si queremos asegurar la convivencia en libertad hay que poner coto a la arbitrariedad de los gobernantes y controlar el poder, incluso el poder democrático que ejercen los ciudadanos como cuerpo político. Las técnicas para ello son variadas, desde la separación de poderes a la protección constitucional de las libertades, pero todo pasa porque el ejercicio del poder esté sujeto siempre al imperio de la ley.

Históricamente además ha habido regímenes liberales con sufragio limitado y la extensión del derecho de voto a las mujeres ha sido relativamente tardía, por lo que no eran propiamente democráticos. Pero, a la luz de la experiencia histórica, cabe decir que lo que pudo parecer un matrimonio de conveniencia ha probado ser una alianza extraordinariamente robusta y estable; de hecho, cuesta encontrar ejemplos de regímenes liberales que no sean hoy democráticos.

El problema está en tomar las elecciones como compendio de la democracia, separándolas del complejo entramado institucional y la cultura pública que hacen posible una democracia constitucional. Obviamente es mucho más fácil organizar unas elecciones que construir las instituciones que requiere el constitucionalismo liberal. Pero aquellas no pueden funcionar sin estas; si no, cómo determinar que las elecciones han sido libres y limpias sin marco legal, control judicial, medios de comunicación independientes y protección de las libertades individuales, a falta de las cuales el pluralismo no sería posible. El error de fondo es contemplar el constitucionalismo liberal como un conjunto de restricciones externas al ejercicio de la democracia, sin pensar que el Estado de derecho y los derechos fundamentales son también condiciones imprescindibles para el buen funcionamiento del proceso democrático.

En resumen, “hay buenas razones para dudar del diagnóstico de Mounk. La expresión ‘democracia iliberal’ concede demasiado y confunde más que aclara. Por ejemplo, permite a gobernantes autoritarios y líderes populistas presentarse como democráticos, aunque opuestos al liberalismo. Si tenemos una visión más rica de una sociedad democrática, la mera celebración de elecciones no es condición suficiente y deberíamos hablar mejor de déficits democráticos o democracias de baja calidad, o de autoritarismo y tiranía en los casos más graves, para calificar a aquellos regímenes donde los principios del constitucionalismo liberal no son adecuadamente respetados”<sup>23</sup>.

### 3.Conclusiones

---

<sup>23</sup> Manuel Toscano en “Democracia iliberal”, Voxpopuli, 7-9-2018. ([https://www.voxpopuli.com/opinion/democracia-iliberal-antiliberal-viktor-orban\\_0\\_1170184144.html](https://www.voxpopuli.com/opinion/democracia-iliberal-antiliberal-viktor-orban_0_1170184144.html))



Un poder más difuso, una ciudadanía reactiva y una paradoja democrática que, entre otras cosas, genera una era de desconfianza en la política, no de desinterés, que se manifiesta, sobre todo, en la actividad de la clase política tradicional, en los partidos y e incluso en instituciones como los Parlamentos donde se expresa la política partidaria y de conflicto. La crisis ha incrementado este fenómeno y puede generar formas de democracia peores. El peligro es caer en una democracia de baja calidad institucional ante la indiferencia ciudadana. Lo grave de este tipo de situación es que sobreviva una democracia con los componentes formales del sistema político junto a unas dosis de malestar democrático, aburrimiento y desafección política, mientras las élites políticas y el sistema político en su conjunto trabajan para sí mismo y a espaldas de la ciudadanía. La democracia podría degenerar en un simulacro en el que los actores se atrincherarían en el sistema institucional e impedirían la renovación del sistema por parte de las fuerzas renovadas y renovadoras. Una de las claves sería, claro, el propio cambio de los partidos políticos. En cualquier caso, no todo es sopor posdemocrático.

La democracia no vive su mejor momento ni en Europa, ni el mundo. El deterioro de la democracia en el mundo viene ya desde hace tiempo y se ha agravado en estos penosos años para Europa. Esta crisis de la democracia sólo puede entenderse gracias a otros factores, que podríamos llamar sistémicos, la globalización, la revolución tecnológica, la recesión, una incompleta integración europea y una mayor dificultad para gobernar en democracia. En este último caso, asistimos a un cambio en el entorno que afecta poderosamente a la naturaleza del poder. La complejidad del entorno hace que el poder sea más difuso. A esto se une una fragmentación y una polarización políticas sin precedentes en la que los populismos producen democracias convulsas y de alta tensión. El desafío de la política de la indignación y de la ira, de la política de las emociones y de los populismos, y el avance de la política de los extremos sólo tiene una solución: la política, el rearme de las instituciones democráticas, el cambio en los partidos y en la clase política y políticas que entiendan el mundo en que vivimos para poder vivir todos en él.

En conclusión, el mundo político del presente se enfrenta un mundo convulso en el que la herencia recibida, las ideologías políticas, los partidos políticos y, sobre todo, lo que hemos hablado aquí, la democracia, se ven removidas en sus viejas bases. La solidez de las bases del pasado se torna levedad en el presente. Ese signo de los tiempos, un inmenso cambio en el que los teóricos sociales intentan definir el modelo social en el que vivimos con múltiples conceptos. Sin embargo, en ese contexto, hasta lo que parecía más sólido, la democracia, gracias a la crisis que estamos viviendo, se ve impulsada también a un deterioro en todo el mundo. El desafío es, pues, superar esta crisis de la democracia que estamos viviendo dentro de una era de cambio en la que también nuestra democracia vive tiempos de zozobra y de mudanza.